

«EL ESPLENDOR DE LA VERDAD» PARA UN CIENTÍFICO CRISTIANO

[«THE SPLENDOUR OF TRUTH» FOR A CHRISTIAN SCIENTIST]

HÉCTOR L. MANCINI

Resumen: En el presente trabajo se analizan desde una perspectiva científica las consecuencias del proceso originado por la separación entre fe y razón y su relación con los diferentes significados de la palabra verdad. Se parte de los conceptos enunciados por el Papa en Ratisbona y se intenta describir la evolución histórica desde el antiguo concepto de «razón» al de «razón científica» y el nacimiento de una ideología «cientificista» que hoy se ha impuesto en la sociedad.

Se destacan los problemas creados por esta ideología y se muestra la imposibilidad de la ciencia para dar una justificación racional a los fines del comportamiento humano (ética) y al universo en general (el «sentido» o «finalidad»). Como propuesta se intenta mostrar cómo se puede intentar recomponer el concepto de «verdad de las cosas», considerando que la ciencia y la fe religiosa son descripciones complementarias de la realidad que no se excluyen mutuamente, tanto a nivel individual en la persona de un científico como en el plano del pensamiento en la Filosofía de la Ciencia.

Palabras clave: Ciencia, Razón, Fe, Verdad, Ética.

Abstract: In this article, an analysis is made from a scientific perspective of the consequences of the process which originated with the separation of faith and reason, and its relationship with the different meanings of the word truth. Our starting point is taken from the concepts outlined by the Pope in Regensburg, on which basis we describe the historical evolution from the old concept of «reason» to that of «scientific reason», and the birth of a «scientificist» ideology that is today imposed on society.

The problems created by this ideology are highlighted, and the point is made that science cannot give a reasonable justification for the ends of human behaviour (ethics) or for the universe in general («meaning» or «end»). As a proposal, we strive to show how it might be possible to recombine the concept of «the truth of things» by considering that science and religious faith are complementary descriptions of reality which do not exclude each other mutually, either in the individual scientist or in the realm of philosophy of science.

Keywords: Science, Reason, Faith, Truth, Ethics.

1. INTRODUCCIÓN

En la reciente conferencia pronunciada por SS. Benedicto XVI en la Universidad de Ratisbona¹, el pontífice ha querido llamar nuestra atención sobre la importancia que tiene la relación entre fe y razón para el mundo cristiano occidental. También nos advierte sobre los peligros que entraña para la sociedad el abandono de la fe en Dios, uno de los polos básicos que permitieron el desarrollo cultural y religioso de las sociedades más avanzadas del planeta.

El Santo Padre destaca en ese trabajo la importancia que tuvo la fusión del pensamiento filosófico griego (*la razón, el «logos»*) con la fe bíblica de Israel, tanto en las primeras comunidades cristianas como en la posterior evolución de la Iglesia. Según las palabras del Papa: *«el patrimonio griego, críticamente purificado, forma parte integrante de la fe cristiana»*. Y refuerza esta afirmación destacando que *«la convicción de actuar contra la razón está en contradicción con la naturaleza de Dios»*. Es decir, para el Sumo Pontífice está muy claro que en nuestra fe católica, la fe y la razón deben actuar conjuntamente.

El Santo Padre considera esa fusión entre la fe bíblica y la razón griega, junto con el aporte cultural de Roma, como la raíz y esencia de aquello que se conoce por «Europa», la sociedad que surgió bajo esos influjos. Podemos concluir que para el Santo Padre, Europa es una cultura nacida bajo la convicción de que el mundo, creado por Dios y del cual formamos parte, es, a la vez, un «mundo razonable», inteligible, permeable a la razón humana.

Esa idea central de equilibrio entre razón y fe que emerge con ese proceso de fusión, es también una piedra fundamental en los cimientos de la ciencia moderna y así ha sido considerado, en otros contextos, por muchos pensadores de occidente.

En su conferencia de Ratisbona el Papa destaca los peligros que implica para la fe perder esa relación tan estrecha con la razón, e identifica tres intentos a los que califica como *«deshelenización de la fe»*, el tercero de las cuales está en curso. Se trata de tres movimientos en la dirección inversa a la que produjo los avances tanto en la fe como en la cultura de Occidente.

La otra cara de este proceso de distanciamiento entre fe y razón no es otra que la *«laicización»* creciente que observamos hoy en la sociedad y en la cultura europeas. Las consecuencias sociales que produce esta división se pueden observar prácticamente en todos los ámbitos de la sociedad contemporánea, que además parece considerarlo un hecho positivo.

1. Texto íntegro de la Conferencia del Papa Benedicto XVI en la Universidad de Ratisbona, Alemania, el 18.IX.2006, Libreria Editrice Vaticana (2006).

Probablemente, en el origen de ese distanciamiento exista una combinación de causas, algunas de las cuales son relativamente independientes entre sí. Analicemos como ejemplo una de ellas.

El mundo contemporáneo está sumergido simultáneamente en muchos problemas. Uno de los más grandes retos que debe enfrentar es la *globalización*, que entre otras cosas, obliga a convivir sujetos a fuertes interacciones a gentes de diversas culturas y credos religiosos en un espacio vital común. Estas interacciones se producen aún habitando suelos distintos, por el simple hecho de compartir recursos de uso común o por razones geopolíticas. Son interacciones que ejercen presiones sobre el desarrollo de los pueblos y a menudo son violentas. Se producen en un mundo que hoy se percibe a sí mismo como finito, limitado, cerrado sobre sí mismo y no hay escape posible para este problema.

Cuando se comparte el territorio, la superposición de culturas diversas suele generar problemas de convivencia, al menos inicialmente. Desde algunas sociedades avanzadas de Occidente se entiende que la fuente de los problemas radica en la diversidad de los valores culturales y religiosos que impiden el desarrollo de una sociedad coherente. Y se considera que los problemas son originados, fundamentalmente, por la fe religiosa.

En consecuencia, se ha pensado que con la separación entre fe y razón, al amparo de una razón laica, religiosamente neutra, se podría lograr un denominador común lo suficientemente amplio como para superarlos.

Esta percepción, cada vez más fuerte en Europa y en otros sitios desarrollados del planeta, ha sido fomentada por la presión que ejercen las corrientes inmigratorias hacia el «primer mundo» (una corriente de sentido contrario a la que se produjo en siglos anteriores, cuando el principal origen de los desplazamientos estaba en Europa).

Europa es un territorio muy poblado y la necesidad de integrar esas corrientes culturales y religiosas en una cultura universal, se percibe como urgente y se localiza en el mismo corazón de Europa. El problema ya existe y además, está aquí.

La sociedad europea contemporánea parece haber decidido que la solución más simple consiste en eliminar de la vida pública los valores sociales y religiosos que individualizan las culturas, es decir, en «laicizar» la cultura y reducir la religión al ámbito privado.

Esto es en esencia, según mi modesta opinión, uno de los aspectos importantes de lo que significa en la vida social, mantener separada la razón de la fe: que la ley positiva no refleje los valores religiosos y que los espacios comunes sean espacios neutros.

Como bien señaló el Santo Padre en su conferencia, la historia nos enseña que el avance cultural, social y religioso en Occidente, se produjo exactamente en la dirección inversa: gracias al encuentro del «logos» griego con la fe bíblica. Sorprende un poco saber que sea la misma sociedad nacida bajo esta corriente la que considere que el proceso contrario es un avance, un progreso.

Además, en caso del ejemplo que presentamos, la solución entraña una falacia. De imponerse esta concepción, probablemente se lograría con ello suprimir los valores religiosos tradicionales de la vida pública. Pero no existe una sociedad sin valores. En la vida social, unos valores se sustituyen unos por otros, muchas veces por sus contrarios, aquellos que en un determinado momento se consideran «anti-valores». En este caso, debemos saber que en reemplazo de la fe religiosa se impondría naturalmente un sucedáneo de la religión, una ideología con un utópico sustento en la razón, que en realidad, como veremos más adelante, no tiene la justificación racional «científica» que se le suele atribuir.

Con el desarrollo tecnológico, cultural y científico actual, el problema que produce la separación entre fe y razón es hoy mucho más complejo que hace dos milenios, y como el mismo Papa lo destaca en su conferencia, ya no se puede volver atrás, *se debe buscar una solución nueva*.

En la actualidad, aquello que se debe integrar no son corrientes culturales y religiosas sencillas de fusionar. Nadie sabe con certeza cómo se pueden integrar culturas con diferencias históricas y rasgos individuales muy fuertes en una cultura universal, sin que esas identidades sean destruidas.

Una cosa está clara, la humanidad no aceptaría hoy como solución estable, una unión lograda sin consenso y por el dominio y la fuerza de las armas. En el futuro será necesario el uso común de la razón y el acuerdo entre culturas muy dispares para lograrlo. Por eso el estudio profundo de las relaciones entre razón y fe es tan importante, porque está en el centro de este debate social.

Cuando se busca el origen de los problemas actuales entre fe y razón se encuentra como evidencia inmediata que la razón, que inicialmente era concebida como un patrimonio de la filosofía, se ha escindido. La ciencia actual le disputa a la filosofía el patrimonio de la racionalidad y los resultados tecnológicos, sumados a la interpretación cuantitativa del mundo físico, parecen dar a la ciencia la razón en exclusiva.

Tanto es así, que la sociedad contemporánea lo percibe y tiene *la creencia* masiva, de que toda *la racionalidad está reducida a la razón científica*, y además, secundariamente, cree que *ésta es incompatible con la fe*. Se considera que de esta creencia «cientificista» se deberían extraer valores que sustituyan a los religiosos en la sociedad del futuro.

Como ya hemos mencionado, la ciencia moderna nació y creció en un ambiente cultural cristiano, dentro de la llamada civilización occidental. Y ocurre hoy que ese ambiente que le permitió nacer, y que fomentó el desarrollo científico espectacular que hoy conocemos, está sufriendo un proceso de destrucción y deterioro acelerado.

La historia enseña que otras civilizaciones que no reunían las condiciones iniciales de Occidente, no lograron construir una ciencia como la que hoy conocemos. Todos los ensayos para hacer nacer una ciencia con las características de la actual en otras civilizaciones fallaron, «fueron abortados», según palabras del físico y filósofo y sacerdote benedictino Stanley Jaki².

Jaki analizó en seis civilizaciones antiguas de América, Europa, Asia y África donde hubo intentos serios para desarrollar la ciencia, cuáles fueron los procesos internos que los hicieron fracasar. Encontró como causa común una cosmovisión panteísta que imagina a todo el universo físico como a un colosal organismo vivo, que actúa de manera impredecible.

Es fácil comprender que la ciencia, entre cuyos objetivos están el explicar y el predecir acontecimientos, carece de sentido si la naturaleza se considera ab initio, impredecible. A partir de esa hipótesis, la evolución de la ciencia a largo plazo está condenada al fracaso o al menos, queda seriamente comprometida. No es extraño que esos procesos fracasaran, y de hecho, la ciencia actual sólo se desarrolló en occidente.

En su conferencia de Ratisbona, el Santo Padre también analizó algunas causas del alejamiento entre fe y razón, concebida ésta última en su significado filosófico, señalando las consecuencias de la «deshelenización» para la fe y para la sociedad, consecuencias que no son buenas para ninguna de las dos. Aunque en su análisis el Santo Padre toma el concepto de racionalidad de la filosofía, destaca que también afectan a esta relación los cuestionamientos a la fe que provienen del ámbito científico.

Los cuestionamientos a la fe desde la ciencia reconocen muchos antecedentes y hace tiempo que los cristianos parecemos situados a la defensiva frente a la ciencia. Muchas personas con fe religiosa se sienten acosadas, como si desde la ciencia se pretendiera demostrar que todas sus creencias son ingenuas o ilusorias, o cuando son consideradas con buena voluntad, provisionales. Se debe aclarar, que diversas corrientes del pensamiento científico actual ayudan a fomentar esa creencia.

2. S.L. JAKI, *Science and Creation: From Eternal Cycles to an Oscillating Universe*, Edinburgh Scottish Academic Press, Edimburgh ²1986.

Desde una posición científicista se considera que una cultura en la cual la fe religiosa ocupe un papel importante, sólo puede ser una cultura provisoria, pre-científica. Una cultura que en última instancia está destinada a desaparecer y donde toda fe, tarde o temprano, sería reemplazada por conocimientos científicos, la única fuente de racionalidad. Como se aprecia, estos razonamientos excluyen toda posibilidad de una fusión entre razón científica y fe.

Pero el Santo Padre en su conferencia ha remarcado lo contrario. Ha situado el origen de la civilización europea, cuna de la ciencia contemporánea, justamente en esa fusión y destaca que para la fe, la razón es imprescindible, incluyendo la «razón científica».

Si como afirma el Santo Padre esta simbiosis es tan necesaria para la fe, cabe preguntarse simétricamente: ¿es la fe necesaria para la razón? ¿Qué le ocurrirá a la razón sin la fe?

Si la razón, hoy concebida como razón científica es tan necesaria para la fe, ¿podrá la ciencia funcionar autónomamente? ¿Morirá la ciencia de muerte prematura, como en las civilizaciones que estudió S. Jaki? ¿Necesitará la ciencia ser «salvada»?

Stanley Jaki en otro de sus libros, «The Savior of Science»³, analiza este problema con un enfoque de tipo histórico. El título ya explica suficientemente su conclusión, de allí se desprende que la ciencia puede avanzar autónomamente, pero también, que no puede ir muy lejos.

Pero más allá de ése estudio podemos preguntarnos: ¿es segura esa conclusión?, ¿la ciencia necesita ser rescatada?, ¿en qué se basa esta percepción? Porque, según se observa hasta hoy, la ciencia parece gozar de muy buena salud.

En este trabajo intentamos responder *desde el ámbito de la ciencia experimental* y basados en nuestra propia experiencia científica, algunas de las preguntas planteadas. Para ello parece necesario analizar, en primer lugar, si las diferencias de interpretación de la realidad que observan un científico cristiano y otro que no lo es, están en el plano de la «razón científica» o fuera de ella.

A primera vista, parece evidente que esas diferencias no pueden estar en un plano puramente científico. La ciencia ha sido construida tanto por científicos con convicciones religiosas como por ateos o agnósticos, y la ciencia de todos aquellos que han hecho bien su tarea es igualmente buena, es buena ciencia. Sin embargo, sus opiniones respecto de la sociedad, la política, la filosofía o la religión, suelen ser divergentes. ¿Dónde está el origen de estas diferencias?

3. S.L. JAKI, *The Savior of Science*, B. Eerdmans Publish. Co., Cambridge 2000.

¿Por qué las mismas personas tienen fuerte consenso dentro de la ciencia, pero no fuera de ella?

Sería importante comenzar a definir la tarea que deben desarrollar conjuntamente científicos, teólogos y filósofos, para iluminar los alcances de aquello que el Santo Padre expresa como: «ese gran “logos”, esa amplitud de la razón», que excede toda perspectiva parcial que podamos construir desde nuestros conocimientos especializados. Según sus palabras: «Es la gran tarea de la universidad redescubrirlo constantemente».

La conjunción de estos tres puntos de vista: filosófico, científico y teológico, cuando el objeto de estudio es la propia ciencia, conforma la denominada «Filosofía de las Ciencias», que contó en la Universidad de Navarra con la figura entrañable del Profesor Don Mariano Artigas. Sacerdote, físico y filósofo. Él supo reunir esas perspectivas en una sola razón, capaz de buscar más allá de las apariencias y de los enfoques parciales, lo que el mismo llamó la «Mente del Universo»⁴.

Don Mariano, acompañado por otros profesores, también preocupados por estos temas, fundó en esta Universidad el grupo denominado «Ciencia, Razón y Fe»⁵ (CRYF), para investigarlos, discutirlos y poner sus conclusiones al alcance de todos los hombres. Dedicamos este modesto trabajo a su memoria y a la del Prof. Carlos Pérez García, físico amigo de Don Mariano y co-fundador del CRYF.

2. LA VERDAD EN LA CIENCIA

Un científico cualquiera, independientemente de sus creencias religiosas o filosóficas, es una persona que ha centrado su vida en la búsqueda de la verdad en algún aspecto de la naturaleza, y que ha transformado esa búsqueda en un oficio, con mayor o menor suerte y talento. Por ello parece relevante preguntarnos si sobre ese aspecto particular, el criterio que utiliza un científico para decidir cuándo algo es verdadero o falso, existe alguna diferencia que distinga a un cristiano de otro que no lo es.

Ésta no es una pregunta aislada. Está asociada a otras que completan el panorama de lo que se entiende por verdad en la cultura general. Podemos

4. M. ARTIGAS, *The Mind of the Universe*, Templeton Foundation Press, Philadelphia & London 2000.

5. Grupo «Ciencia, Razón y Fe» (CRYF). Página web: www.unav.es/cryf.

mencionar algunas: ¿qué es la verdad para el sentido común?, ¿qué significa la palabra verdad para la ciencia?, ¿qué entiende por verdad un cristiano cualquiera?, ¿coinciden las definiciones anteriores o son diferentes?

Cada una de estas preguntas abre una perspectiva en sí misma y en relación con otros ámbitos de la cultura que no podemos agotar aquí⁶, y por ello, limitaremos el análisis a lo indispensable para considerar, desde la ciencia, la pregunta que da título a este trabajo.

La unión de todas las perspectivas lleva al significado profundo que asignó a la Verdad SS. Juan Pablo II en su X encíclica que denominó, como es usual con sus palabras iniciales: «El esplendor de la verdad»⁷.

2.1. *Ciencia, método y realidad*

El ser humano necesita interpretar la realidad para entender, relacionarse y utilizar el mundo en el que vive, y, además, para expresar su mundo interior y dar sentido a su propia existencia. En esa búsqueda, que es intelectual y a la vez expresiva, existencial, los hombres utilizan algunos valores subyacentes en la realidad. Así como un artista busca realizar su vocación relacionándola con su interpretación de la Belleza, un científico vocacional tiende a buscar la Verdad *en el conocimiento de la naturaleza*. Algún aspecto de la naturaleza será «*la realidad*» que explore.

Independientemente de su formación personal, su identificación religiosa y sus opiniones filosóficas, para el común de los científicos la realidad está identificada con la naturaleza y «está allí», es algo dado, observable, y que puede ser sometido a pruebas y mediciones de distinto tipo. Sus observaciones, para ser científicas, deben reunir algunas características importantes. En primer lugar deben ser objetivas, lo que significa que los resultados no pueden depender del sujeto que observa. Cualquier persona que realizara la misma observación en las mismas condiciones, debería encontrar los mismos resultados.

En segundo lugar, el investigador científico no puede analizar toda la realidad simultáneamente. Para lograr resultados objetivos necesita reducirla a

6. Sólo en el Catecismo de la Iglesia Católica, ya tenemos numerosos puntos para considerar la palabra verdad en relación con la fe: 58, 91, 105ss, 144, 213ss, 1742, 1777, 2104, 2465ss.

7. SS. JUAN PABLO II, «Veritatis Splendor», dedicada a analizar los fundamentos de la ley moral, Edit. San Pablo (1993). El título de estas páginas, «*El esplendor de la verdad para un científico cristiano*», es, obviamente, una paráfrasis del nombre de esta encíclica.

unos pocos aspectos relevantes y luego, con alguna idea previa en su mente, debe comenzar a explorarla. Esa reducción inicial se podrá modificar posteriormente para incorporar nuevos detalles, que a su vez, podrán ser relevantes o no. Es decir, por una cuestión de método la *ciencia es siempre «reduccionista»*.

Además, *los acontecimientos que explora deben repetirse*, en un mismo objeto o en otros similares. Por ejemplo, para estudiar la muerte de una estrella, un fenómeno muy difícil de observar (y casi imposible de reproducir a escala), se debe analizar lo que ocurre con muchas estrellas del mismo tipo y recién con esos datos se podrá reconstruir el proceso que lleva a ese acontecimiento singular.

Pero *un acontecimiento verdaderamente único*, algo que no vuelve jamás a repetirse (por ejemplo: la Encarnación), escapará a estos análisis y *no podrá analizarse científicamente*.

Con estas precisiones y otras que no vamos a discutir aquí, se consigue que en las llamadas «ciencias exactas» no haya demasiadas cuestiones opinables, más allá de las que hacen referencia al error del método⁸. Las leyes de la física no son opinables, sencillamente son verificables⁹.

En esta reducción de la realidad a unos pocos aspectos necesarios para definir el objeto de estudio, está la base del éxito de la ciencia en las predicciones que realiza, y además, es el criterio que permite clasificar las ciencias en «duras» y «blandas».

Se suelen denominar ciencias «duras» aquellas que tienen su objeto de estudio perfectamente definido. Esta definición única del objeto, permitirá la utilización del *lenguaje matemático*, con todo el rigor lógico que éste posee. En la medida que el objeto de estudio no se pueda definir con precisión, las conclusiones de la ciencia se volverán más «blandas», en primer lugar: estadísticas. Una clase de predicciones que aunque conservan el carácter de cuantitativas, excluyen de la previsión los casos individuales concretos. Sus resultados son predicciones sobre la media de un conjunto de observables¹⁰.

Si se aumenta aún más la falta de definición sobre el objeto de estudio, se pierde *el carácter cuantitativo* de las predicciones y las conclusiones difícilmente podrán denominarse «científicas».

8. M. ARTIGAS, *Filosofía de la ciencia experimental*, Eunsa, Pamplona 1989; M. BUNGE, *La Ciencia, su método y su filosofía*, Eudeba, Buenos Aires 1973; H. MANCINI, «Ciencia y Fe: la perspectiva de un físico», en *Nuestro Tiempo* (1995/1).

9. Para algunas corrientes de la Filosofía de la Ciencia (K. Popper), las teorías, más que *verificables*, sólo pueden ser «falsables». Cfr. nota 8.

10. M. BUNGE, *Causalidad: el principio de causalidad en la ciencia moderna*, Eudeba, Buenos Aires 1972. Ver: «Causación estadística».

Por lo tanto, se deben tomar con cuidado muchas afirmaciones sobre objetos poco definidos que están presentes en la vida social y política y que reclaman para sí ese carácter de «afirmaciones científicas».

En las siguientes reflexiones al hablar de ciencia nos centraremos en la Física, considerada el paradigma de las ciencias exactas aplicadas a la naturaleza y la única que extiende su método de estudio a todo el universo, al «Cosmos». La Cosmología Científica, a pesar de ocuparse de la totalidad de la naturaleza conocida, el objeto más amplio que podemos pensar, no es por ello una ciencia separada y más general. Como disciplina científica, la cosmología es un capítulo más dentro de la Física.

Las demás ciencias de la naturaleza como la Química o la Biología, se limitan a aspectos más restringidos de esa realidad. Por ello, la discusión metodológica en el ámbito de la Física nos permite obtener conclusiones válidas por inclusión para todas las demás ciencias.

La ciencia no hace ningún planteo a priori sobre qué significa o qué debe significar la palabra realidad, y por ello, se suele intentar aplicar el método en todos los ámbitos y la ciencia parece no tener límites. Como consecuencia en ocasiones se tiende a confundir el objeto de estudio de la ciencia con toda la realidad, que normalmente es mucho más amplia que dicho objeto. Aquellos que no son expertos suelen tener dificultades en establecer claramente cuándo un conocimiento es verdaderamente «científico» y cuándo se han traspasado los límites de aplicabilidad del método.

La ciencia considerará un conocimiento como cierto, como «verdad científica», si los resultados numéricos de un experimento o de unas observaciones sobre la naturaleza, coinciden con los resultados numéricos de la teoría física que describe ese objeto. Es importante destacar que esa coincidencia debe ser cuantitativa, es decir, con resultados expresados en lenguaje matemático para poder ser comparados.

Con este criterio de verdad, *el «universo» científico es, entonces, un universo cuantitativo* y predecible. Y al explorarlo, no hay nada que diferencie un científico de otro, sean cuales sean sus convicciones filosóficas, políticas o religiosas.

2.2. Las verdades científicas

El científico, con ese método particular que acabamos de esbozar, se aproxima a la realidad y obtiene de ella una serie de datos que luego serán evaluados dentro de un cierto marco teórico. Aquí es donde comienza el análisis del significado de la palabra «verdad» dentro de la ciencia.

Tanto para el razonamiento común como para el científico, el concepto de verdad también tiene que ver con una adecuación entre la realidad que observa y una representación intelectual que posee previamente. Como en la ciencia, toma datos de la realidad y los confronta con otros que tiene almacenados en su interior y que en primer lugar, provienen de lo que denominamos «sentido común». Las conclusiones que obtenga, si son generales, se incorporarán como nuevos datos a ese patrimonio común.

Actualmente, lo que se entiende por sentido común trasciende ampliamente la experiencia personal y los sentidos humanos ya que su alcance ha sido ampliado por la ciencia y por la técnica. Hoy se deben considerar tan de «sentido común» los resultados afianzados de la ciencia (por ejemplo: la existencia de los átomos, el cálculo de la órbita de un satélite o el resultado de una tomografía computada), como el orden que tienen los colores del arco iris, observable a simple vista.

Considerando sólo unos pocos siglos atrás, se puede afirmar que el hombre actual posee un sentido común mucho más rico en experiencias que el que tuvo en épocas pasadas y su criterio de verdad también debería ser mucho más amplio y profundo. Sin embargo, veremos que esto no es así, seguramente es más extenso pero no es más profundo. Entre los motivos por los que no es así, encontramos que la separación actual entre la fe y la razón, es una de las causas que impide realizar una valoración sobre toda la realidad.

La discusión filosófica rigurosa sobre el concepto de «verdad», por extensa, resulta imposible de resumir aquí y no podríamos completar este pequeño ensayo si discutiéramos todas sus implicaciones¹¹. Por lo tanto y para mantener nuestro enfoque con una perspectiva desde la ciencia, nos centraremos en la noción de verdad que acabamos de expresar, basada en el sentido común y conservando esa antigua idea de una adecuación «bidireccional» entre el objeto (o «la cosa») y el pensamiento. Idea que fue de uso normal en la filosofía desde Aristóteles hasta mucho después de Sto. Tomás de Aquino¹².

11. J. FERRATER MORA, *Diccionario de Filosofía*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires 1966.

12. «Adequatio rei et intellectus». Sin entrar aquí en la discusión sobre verdad ontológica y verdad lógica y otros aspectos de la verdad. Para el concepto que utilizamos aquí, es suficiente ver, por ejemplo: J. PIEPER «La verità delle cose», en *Universitas* VII, n.º 4, Stuttgart 1976 (traducción al italiano). Este criterio de verdad, «un criterio olvidado» según Pieper, permite mantener un equilibrio entre ciencia, razón filosófica y fe. Pero implica aceptar que las cosas han sido creadas y esto es lo que no se acepta en el pensamiento actual (H. MANCINI, cit., nota 8).

Para la ciencia y a consecuencia de su método, buscar la verdad tiene algunas restricciones adicionales. En primer lugar, en la adecuación se exige una coherencia global en todo el plano del pensamiento científico. Adecuación entre todo lo observable y/o mensurable y todo el conjunto de representaciones que lo describen. Los datos teóricos y experimentales deben «encajar» en un cuerpo general coherente, un gigantesco puzzle obtenido a partir de un conjunto mínimo de «Primeros Principios» o axiomas relativamente evidentes. Sus conclusiones en la etapa denominada de «análisis», se deben poder derivar de ellos y verificar en un experimento, y será necesario un procedimiento de sentido inverso, la «síntesis», para incorporar nuevos datos (o leyes) al marco teórico. Esta tarea se ha vuelto cada vez más ardua y la ciencia por extensión y profundidad es, cada vez más, una creación colectiva.

Cuando se produce una adecuación entre la teoría y el experimento, decimos que ese conocimiento es «verdadero». Por lo tanto, no son verdades científicas conjuntos de datos aislados, aunque sean datos numéricos provenientes de una teoría, de un experimento o de una observación astronómica. Tampoco son verdades científicas las conclusiones analíticas obtenidas de una teoría completamente desconectada de las verificaciones experimentales. En este caso, hasta que sus resultados puedan verificarse, se trata solamente de eso, de una teoría.

Se debe recordar que en muchas ocasiones la ciencia predijo resultados que fueron observados o confirmados recién muchos años más tarde. Este tipo de predicciones se logra gracias a conclusiones que se derivan matemáticamente de axiomas suficientemente probados y que permanecen en suspenso en espera de una comprobación. En estos casos, el concepto lógico de verdad funciona y reemplaza a la adecuación, pero la conclusión científica aplicada a la realidad queda suspendida en el plano del pensamiento hasta su verificación empírica. Hasta que ese momento llega, son teorías en espera de validación y no pueden considerarse conocimientos científicos «completamente ciertos».

Es decir, debemos considerar entonces, que los contenidos de la ciencia pueden tener no una certeza total, sino un cierto grado de certeza, que puede ser bien conocido y acotado. Al considerar el problema de la «demarcación de la ciencia»¹³, de sus alcances, éste es uno de los primeros aspectos que se deben considerar: ¿cómo distinguir los grados de certeza del saber científico?

El puzzle científico actual es de una dimensión tal, que no hay cerebro humano capaz de abarcarlo en todos sus detalles. Este problema ha llevado a

13. Tampoco discutiremos las diversas escuelas de la Filosofía de la Ciencia. Vid. en M. ARTIGAS, *El desafío de la Racionalidad*, Eunsa, Pamplona 1994.

distinguir ámbitos científicos o especialidades que en la realidad no están separados. La naturaleza no distingue entre física, química o biología, distinguimos nosotros. Aunque esto resulte obvio, el común de la gente tiende a pensar que el conocimiento científico abarca toda la realidad y que todos los pasos seguidos para su construcción son todos objetivos y verificables. Es decir, que tienen calidad de «verdad científica». Por ello se piensa que normalmente es posible pasar de una especialidad de la ciencia a las otras sin solución de continuidad, sin saltos. Sin embargo, hay discontinuidades en el conocimiento científico, hay saltos, y hay aspectos de la realidad que escapan al método.

3. LA PROYECCIÓN SOCIAL DE LA CIENCIA

La búsqueda de la verdad por medios científicos le ha permitido al hombre comprender muchos aspectos del funcionamiento de la naturaleza, de la sociedad y aún de sí mismo. El éxito logrado en la predicción de fenómenos naturales dota a la ciencia de gran predicamento social y como acabamos de mencionar, en muchos ámbitos se tiende a considerar que ese tipo de conocimiento es *completo*, que cubre toda la realidad. Como consecuencia de esto, el mundo contemporáneo *cree* en la ciencia. Tiene la esperanza que la ciencia, si no hoy, sí algún día, podrá resolver todas las cuestiones que pueden plantearse.

Pero el conocimiento científico es difícil de adquirir y requiere gran esfuerzo y entrenamiento; por ello, a pesar que la educación contemporánea pone gran acento en la formación científica, en la sociedad hay relativamente pocos científicos. La mayoría de la gente recibe la ciencia por medio de divulgaciones y vulgarizaciones, que no puede comprobar por sí mismo. Al tomar de la ciencia conceptos fuera de su ámbito y no poder comprobar la verdad de su contenido esencial, el pensamiento científico se transforma en una creencia: *el «cientificismo»*, que se utiliza en el razonamiento común para resolver las cuestiones que requieren de una ideología con alguna garantía de racionalidad.

La sociedad recurre hoy al *«credo científico»* como si se tratara de una filosofía, aunque debemos aclarar que esta ideología se constituye más bien como una *pseudo-ciencia*. Aunque se alimenta de algunas ideas científicas no es ciencia rigurosa, tampoco un sistema filosófico; sobrevive gracias a los divulgadores científicos y a los frequentadores de los medios de comunicación que incorporan ideas a la sociedad sin una sistemática. Esta ideología entre sus «principios», como ya hemos dicho, considera que toda la racionalidad se agota con el pensamiento científico y cree que el pensamiento científico se extiende sobre

toda la realidad. La sociedad suele aceptar estas premisas sin críticas: ¿qué razones hay para proceder así?

Entre otras razones, podemos imaginar que se hace para conseguir una auto-justificación. Como el conocimiento científico ha sido creado por el propio hombre, se considera que está eximido de toda referencia a una realidad externa que lo trascienda. En esos conceptos nacidos de la ciencia, la ideología cientifista encuentra los contenidos que necesita para formar una creencia que sólo depende del hombre mismo. Con esta ideología el hombre puede pensar que ha logrado la independencia de Dios y de toda trascendencia, un sustituto para la fe.

El cientificismo no se sostiene por sí mismo y debe ser alimentado. Esa sensación de independencia respecto de la fe no se sostiene porque el propio método científico tiene restricciones que se deben cumplir: debe limitar la extensión de la «realidad» a la materia y la energía, las ideas a lo verificable y el conocimiento a lo cuantitativo. En caso contrario, los mismos científicos se encargarían de desacreditar rápidamente el dogma y esta tendencia por sí sola destruiría el *cientificismo* como creencia social. Pero el dogma es alimentado por muchos científicos que, cuando analizan la realidad, *cumplen con todas las restricciones que impone el método, pero no hacen explícita la reducción realizada.*

Con esto fomentan que en los análisis superficiales de la divulgación científica sobre la realidad, abunden casi exclusivamente la concepción materialista y la reducción de la razón a lo cuantitativo. Alimentan una falsa idea no poniendo límites a lo que ha sido considerado como «realidad».

La sociedad, basada en el prestigio de la ciencia, acepta confiada esta creencia aunque en el fondo ignora casi todo sobre los profundos contenidos de la ciencia y sus límites de aplicación. Por otra parte, muchos científicos exceden esos límites por desconocimiento o por intereses personales y alimentan la confusión en torno a los alcances de la «verdad científica».

Vigilar estos excesos debería formar parte de la ética personal de los científicos.

3.1. *Sobre ideas y creencias*

Aunque el análisis de la ciencia no es tema fácil, cualquier persona puede verificar que *el conjunto de verdades científicas no es completo*. Para comenzar, la ciencia no aclara preguntas esenciales sobre nuestra propia existencia como: ¿por qué estamos aquí?, ¿de dónde venimos?, ¿adónde vamos? Estas preguntas sólo tienen respuestas aceptables fuera del ámbito de la ciencia.

También se puede ver que no todos los pasos dados para obtener los resultados científicos son estrictamente «científicos». En la base de todo conocimiento siempre hay creencias, verdades no demostradas. Creencias en las cuales «el hombre descansa» y a partir de las cuales, tiene ideas y razona¹⁴. El lenguaje castellano lo expresa muy bien: «en las creencias se está, las ideas se tienen». Las ideas se tienen «cuando las creencias fallan»; mientras tanto, se está en la creencia.

En este contexto, la «cultura es lo que el hombre hace para sobrenadar cuando se hunde», cuando le fallan las creencias (Ortega y Gasset). Es decir, tanto las ideas científicas, como las sociales o religiosas, todas, tienen en su base un conjunto de creencias y se apoyan en ellas.

Para descubrir esas creencias en la base de la ciencia bastan unos pocos ejemplos.

Uno: cuando comienza la investigación científica, se da por supuesto que *la verdad que busca la ciencia existe*, y además, que *se puede llegar a conocer*. Ambas afirmaciones son creencias, suposiciones apriorísticas muy fuertes, no siempre explícitas y que alcanzan su máxima tensión cuando el análisis científico se extiende a toda la realidad en conjunto, es decir, al Cosmos. Pero también cuando se analiza la historia, el ser humano, la sociedad, o la cultura.

Otro: considerar que *la naturaleza es inteligible* es también una creencia, no un conocimiento científico, y hay muchas más: suponemos por ejemplo, que *la naturaleza posee unas regularidades o leyes accesibles para el intelecto* y que bajo determinadas condiciones *esas leyes se cumplirán siempre y en todo lugar...*

Con este sencillo análisis se puede comprender que sólo luego de admitir esta base de creencias, podemos intentar buscar «la verdad científica» y ser rigurosos. Pero es de justicia destacar que si bien afirmar que «*la verdad existe*» no expresa un conocimiento científico, se trata de una creencia muy útil, porque justifica toda la tarea del científico. Muy difícilmente alguien emprendería esa aventura del pensamiento opinando lo contrario: que «*la verdad no existe*». Si no existiera la verdad, la misma ciencia sería una tarea provisoria o completamente inútil¹⁵.

14. J. ORTEGA Y GASSET, «Sobre ideas y creencias», en *El Espectador*, Buenos Aires 1948.

15. Bajo el punto el punto de vista metafísico, un científico se sitúa en el «realismo crítico» (explícita o implícitamente). Todo el sistema de premisas mencionado podría estructurarse con base en esa metafísica, pero los científicos le suelen temer a esa palabra, y en muchos casos, con razones fundadas.

En resumen, todo el pensamiento científico *ha partido de una creencia* no científica, que además *no puede ser verificada por los métodos y medios que utiliza la ciencia*. Pero, sorprendentemente, se comprueba de manera operativa que, al menos en cierto grado, esas suposiciones se cumplen¹⁶, aunque no se pueda afirmar *científicamente* por qué esto es así, ni si con esas teorías y comprobaciones se está agotando la realidad o no. La creencia inicial funciona, la realidad puede ser analizada por estos métodos científicos.

A partir de allí la investigación científica consigue encontrar esas leyes racionales de la naturaleza, aprovecharlas y predecir consecuencias. Y aunque no puede explicar «científicamente» el porqué, consigue una *comprobación* funcional de la suposición de partida: la naturaleza resulta inteligible para el hombre. Este resultado se incorpora a la cultura de la sociedad, la gente común cree en la ciencia y ya no se avanza más allá.

3.2. *Las creencias no científicas*

El mismo tipo de comprobación empírica que le permitió al hombre conocer que la realidad es inteligible, le permitiría saber que la ciencia no basta para comprender el significado de su propia vida. Si aceptara esto, comprendería inmediatamente que para dotar a la vida de significado también hace falta, al menos inicialmente, una creencia o un sistema de creencias distinto. Una opción no científica.

Pero el pensamiento dominante en la sociedad actual ha optado por tratar de distinta manera a estos dos grupos de creencias y ha terminado por no aceptar el segundo sin tener ninguna «razón científica» para hacerlo.

Podemos identificar en esta elección a una de las causas que separan la fe y la razón (científica) en la sociedad actual y privilegiando ésta última. La sociedad supone que la razón científica es la única que tiene una justificación racional, cosa que como acabamos de ver, no es así. Lo racional del pensamiento científico, según su propio método, es la construcción intelectual hecha a posteriori. Pero en su propia base, la ciencia tiene un sistema de creencias similar al que da base a los contenidos de la fe.

La consecuencia de no aceptar ese segundo grupo de creencias, es dejar una parte de la realidad fuera del ámbito de la razón (científica). Una parte de

16. El propio A. Einstein comenta en uno de sus trabajos que «una de las cosas menos inteligibles de la naturaleza es justamente ésa: que sea inteligible».

la realidad deja de tener explicación. La razón científica escindida de la filosófica no puede explicar toda la realidad. La realidad parece tener una parte «acientífica», no reducible a la razón científica.

No ocurriría nada inquietante en esta reducción si de esa parte de la realidad que se escapa no surgiera una serie de preguntas que son vitales para el hombre y para las cuales ya no hay respuesta científica. Como hemos visto, el hombre no puede responder científicamente a preguntas esenciales que él mismo se suele plantear a diario: ¿esto está bien o está mal?, ¿cómo debo vivir?, ¿cómo debo morir? Es decir, con la razón escindida el hombre no puede decidir «científicamente» cómo debe actuar. No se puede desde la misma ciencia crear o derivar una «Ética Científica», un fundamento científico para la elección de los fines de la acción humana.

Una parte de la realidad permanece irracional. ¿Qué parte?: lo inconmensurable, lo que no se puede medir (las esencias) y con ello, las cuestiones más relevantes para la vida en un ser humano.

Como corolario: la verdad científica no le resulta al hombre una verdad completa, suficiente para justificar su existencia. Pero el «credo científico» ya está instalado en la sociedad y suele ser ampliamente utilizado y aprovechado por los centros de poder sociales y políticos de todo color. Con ese credo, hay pocas defensas para el individuo ante los problemas para los cuales no tiene respuesta.

3.3. *La estadística: Ética del cientificismo*

Uno de los primeros pasos necesarios para reducir la racionalidad a la razón científica consiste en utilizar solamente descripciones cuantitativas para los problemas vitales. Y uno de los primeros problemas que aparece en el pensamiento es cómo cuantificar de manera absoluta lo que está bien y lo que está mal.

Si no es para lograrlo, al menos para la sensación de que un pensamiento tiene argumentación científica, se debe hacer predominar lo cuantitativo. Si se logra, aún de manera forzada, luego se puede intentar disminuir la validez de cualquier conocimiento que no sea cuantitativo. Uno de los ejemplos más claros en la sociedad es la solución al problema de la fundamentación de la ética: *la reducción de la Ética a la Estadística*.

Ya hemos dicho que la ciencia no puede fundamentar por sí misma una ética, por lo cual esta reducción no puede ser más que un sucedáneo. No resuelve nada, pero es una reducción útil para el «cientificismo». La discutiremos brevemente porque se encuentra muy difundida.

El mecanismo opera de la siguiente forma: un hecho deja de estar bien o mal; para analizarlo, simplemente se presentan datos numéricos de cuantas personas actúan en una u otra dirección, direcciones que se suponen todas válidas y que se convierten en «alternativas». Luego, la sociedad sanciona democráticamente como norma legal positiva aquello que hace «la mayoría», un nuevo número que certifica que los números provenientes de la estadística inicial¹⁷ son correctos. Parece una solución cuantitativa a un problema, una «solución científica», pero evidentemente no lo es. Se ha sustituido la ética por la etología, por la costumbre.

Vale la pena observar que bajo este razonamiento falaz, subyace al menos como posibilidad, la idea de una libertad absoluta que entendida como ausencia de límites finalmente hará feliz al ser humano.

Es decir, aquí la libertad absoluta se identifica con el bien absoluto, una idea mítica presente desde los albores de la humanidad. En este razonamiento no hay límites fijados a priori para las alternativas anteriormente citadas, todas son válidas, constituyen simplemente «estilos de vida». Aunque se trate de matar para conseguir seguridad personal, del aborto, de la eutanasia o de reglamentar el matrimonio. Los límites recién surgirán a partir de los resultados de la estadística, cuando la mayoría decida.

Lo primero que se consigue con este mecanismo es fomentar el relativismo moral. Todas las opciones morales se convierten en «alternativas estadísticas» entre «estilos de vida» equivalentes. Nada es bueno o malo, simplemente depende del número de votos que predomina en determinado momento¹⁸. La verdad ética es ahora una cuestión reducida a sumar opiniones individuales, que como hemos visto anteriormente, actualmente se recogen del «cientificismo». La Ética depende del ahora del Ethos.

En tanto se disuelven los límites a la libertad la sociedad vive de rentas, de aquello que fue la moral cristiana antes de la separación entre la razón y la

17. También es de experiencia común que muchas veces desde el poder se imponen alternativas minoritarias, pero esto no es más que un mero ejercicio del poder desnudo, no tiene justificación teórica.

18. El peligro social que encierra este tipo de razonamiento ha sido detectado y analizado por los propios pensadores positivistas, que tratan de fundamentar una ética sobre otros principios, llegando a plantear incluso la posibilidad de realizar «experimentos éticos» para validar determinadas teorías (M. BUNGE, *Ética, Ciencia y Técnica*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires 1996). La política impide que el ensayo de una nueva teoría social y filosófica (como los 80 años de comunismo en la Unión Soviética, por ejemplo) se considere un verdadero experimento socio-ético que debería ser evaluado científicamente para intentar obtener resultados cuantitativos además de las valoraciones cualitativas que son de conocimiento común.

fe. Pero la incoherencia crece con la distancia que hay al tronco de doctrina inicial. Comienzan a aparecer leyes contradictorias, en lugar de la libertad crece el control y lo que se defiende y consigue por un lado, se ataca o se pierde por otro.

Con este sucedáneo la «sociedad del conocimiento» pretende sustituir a la Ética. Y en ese contexto, las preguntas sobre el sentido de la vida y del universo continúan sin respuesta.

La sociedad también desarrolla diferentes técnicas para manejar aquello que no tiene una respuesta científica.

La primera consiste en suprimir la pregunta por irrelevante o insoluble, o bien retardarla esperando alguna indicación desde la ciencia para encontrar su respuesta. Esto implica una nueva exigencia: el hombre debe contentarse con aquellas respuestas de que ya dispone y suponer que antes o después, todos los problemas serán resueltos por el propio hombre mediante procedimientos científicos. Ahora no sabe cómo, pero confía en que así será. Muchos aspectos del «dogma científicista» con el que se ha sustituido la fe religiosa, como la pretendida «objetividad de la creencia científica», el «progreso técnico-científico permanente» y tantos otros tienen este origen.

Pero el precio que paga la sociedad por tener un sistema de creencias incoherente suele ser muy alto. Se puede, y se suele justificar con él, el uso de la violencia para forzar soluciones. Desde el estado, contra el estado, entre estados o al margen del estado, entre individuos. Vemos hoy cómo se justifican guerras preventivas, represiones masacrantes, limpiezas étnicas, apartheid, terrorismo, asesinatos políticos, guerrillas...

Para ver su operativa basta un ejemplo concreto: el marxismo soviético, que presumía de ser una «teoría científica de la política», basaba su experiencia social en *una creencia de progreso permanente*. Suponía que a la dictadura del proletariado, su *etapa cruenta y necesaria*¹⁹, le seguiría una supuesta *era mítica* de bonanza, *ya sin clases* sociales. Tras esa idea pseudo-científica se sacrificaron los bienes y la libertad, cuando no la vida, de tres generaciones completas de ciudadanos de las Repúblicas Soviéticas Socialistas y zonas de influencia. La propuesta original era que la única ética posible, es la ética de las clases sociales, y la solución, una moral proletaria.

Menuda creencia que después de las experiencias vividas, sorprendentemente, aún hoy tiene sus adeptos.

19. Así, K. MARX, «El terrorismo es el único medio para abreviar, simplificar y concentrar la agonía de la sociedad burguesa», en *Nueva Gaceta Renana* (7.XI.1848), o bien, «La violencia es la partera de la historia», del Manifiesto Comunista.

Más allá de estos tristes ejemplos, el cientificismo, como toda utopía evoca una sociedad ideal pero desconoce el mundo real. Sería bueno que las utopías fueran realizables, porque en este caso particular, la ciencia genera consenso. Evitaría muchos conflictos. Aunque la sociedad desconozca los principios y alcances profundos de la ciencia, nadie discute sobre los contenidos que la trascienden, todos creen en ellos, simplemente por la garantía que da el prestigio del origen. Con esta ideología se podría obtener una sola ley para regular el comportamiento de todos y además, una ley que sería aceptada sin discusiones.

Pero las soluciones utópicas no resuelven los problemas reales.

3.4. *¿Cómo volver a la Ética?*

A pesar de que en la sociedad «del conocimiento» se habla de eliminar la pobreza, la violencia, la enfermedad, de retrasar la vejez, curar la angustia, aumentar la vida y cosas por el estilo, se puede constatar que la situación real, para el conjunto de la humanidad, es cada vez peor. La desigualdad entre los hombres es mayor, el armamento necesario para mantener esa diferencia hoy se puede calificar como descomunal, y la naturaleza está siendo cada vez más afectada.

Mientras en las sociedades opulentas se piensa en reducir la religión al ámbito privado o en quitar los crucifijos de los colegios, en países subdesarrollados como la India (por nombrar alguno), los campesinos afectados por las consecuencias de estas ideologías sólo obtienen asistencia de la Iglesia. Organizaciones de la Iglesia intentan evitar el suicidio de campesinos que no pueden mantener a sus familias. ¿La causa?: la caída de precios de los productos agrarios que provocan las políticas de occidente. Nos beneficiamos aquí y se perjudican allá.

Se trata sólo de un ejemplo para recordar que los hombres, actuando al margen de Dios, terminamos construyendo «torres de Babel», creando fronteras, ejércitos y murallas. Murallas físicas, económicas, sociales o ideológicas, que nos separan de los problemas reales y de los otros hombres. Con la mejor buena voluntad, arreglamos por un lado y desarreglamos por otro.

Si en occidente el tema de la angustia es preocupante, el tema de la ética es fundamental. En las sociedades antiguas el propio hombre observaba las consecuencias y corregía su comportamiento. Pero las realidades esenciales de la vida, siempre visibles y directas para el hombre cuando está en contacto con la naturaleza, en nuestras sociedades «avanzadas» han quedado diluidas, separadas de la experiencia cotidiana.

Acontecimientos como la enfermedad, la miseria, la pobreza o la muerte, tan cercanos a la vida en el tercer mundo, son aislados en las grandes ciudades. Se confinan en guarderías, hogares de ancianos, tanatorios, en lo posible, fuera del alcance de la vista y de la experiencia sensible.

Más allá de las ventajas innegables para la calidad de vida y el bienestar de algunos, para el resto del mundo ya no son ventajas. Además crean un agravante: todo aquello que llama a preguntarse por el sentido de esta vida y que abre la puerta a la trascendencia, ya no se ve.

La realidad ha sido desdibujada y sustituida por una realidad virtual, maquiada, tecnológica, más aceptable, creada mediante el bienestar, el culto del propio cuerpo y de la juventud, el consumo o el ocio. Condiciones con las que se logra la tercera de las formas de solución a los problemas existenciales, que ya hemos anticipado: *la huida*, la evasión, que se logra con el bienestar, mediante las drogas, el hedonismo o cualquier otro tipo de escapes.

Por esos medios, nuestras sociedades occidentales «avanzadas» huyen de los problemas y de las cuestiones para las cuales la ciencia no tiene respuesta. Mucho más que en una «sociedad del conocimiento», estamos viviendo dentro de «*la civilización de la huida*»²⁰.

El hombre huye o se esconde intramuros, pero lamentablemente no consigue escapar. Las cuestiones esenciales que le preocupan, son justamente aquellas que inciden en lo más profundo de su yo, en su inconsciente, son las que hieren más hondamente su persona. El hombre lleva el problema consigo.

Tarde o temprano, esas preguntas fundamentales vuelven y lo acosan angustiosamente. No se pueden evitar la enfermedad, la muerte, la guerra, el hambre, las desgracias, las pateras o los cataclismos por el simple hecho de no preguntarse por ellas. Tampoco hay manera de ocultar la pregunta por el significado de la existencia y por consiguiente, toda solución que no sea auténtica se vuelve inútil.

En el momento más decisivo para quien las sufre, las preguntas resurgen y la ciencia, con la cual ha sido sustituida la religión, no tiene respuesta que le consuele ni forma de ocultar estos males.

En la sociedad actual dominada por la creencia científica, esas preguntas carecen de respuesta por una razón común: *la falta de posibilidades de la ciencia para agotar el concepto de realidad*, y en consecuencia, *de lo que significa la Ver-*

20. M. BENZO, *Teología para Universitarios*, Ediciones Cristiandad, Madrid 1977.

dad, un concepto necesario tanto para fundamentar una ética, como para otorgar un sentido a la persona y al universo entero.

El reduccionismo propio del método científico, es lo que le impide buscar un sentido global simultáneo para el universo y para el ser humano. La ciencia sólo obtiene algunas comprobaciones mínimas como «la flecha del tiempo» y otras tendencias globales hacia la muerte final de toda vida en el universo, que no dan respuesta a la pregunta sobre el porqué, sobre el sentido de todo aquello que se observa y conoce, ni siquiera a la pregunta sobre cómo debe comportarse el hombre para ser feliz.

Las consecuencias son más dramáticas cuando las sociedades son técnicamente más avanzadas, allí donde la creencia científica es mayor. En ellas se pierde incluso la noción clara de la frontera que existe entre la vida y la muerte, cuestión que una sociedad primitiva suele tener muy clara. Y se pierde por simple conveniencia ideológica.

En las sociedades desarrolladas parece que la clase política ya no se atreve a definir con nitidez cuándo comienza la vida humana ni cuando termina, para no poner límites al individualismo, poder contentar a todos y no perder votos. Porque reconocen la presencia en la sociedad del mito de la libertad sin límites.

Al hombre actual le parece normal que haya que evitar la muerte, pero también quiere que se deje una puerta abierta a la libertad para quien quiera abortar, para la eutanasia, y también (;por qué no?), para la pena de muerte, para la guerra, para el terrorismo, para jugar con la vida en el negocio de los «ensayos biológicos» y otras aberraciones similares.

Superficialmente, conseguir más libertad parece una gran conquista. Pero sus consecuencias surgen de inmediato, acabamos de verlas. Una definición insuficiente y seria de lo que es y de lo que significa la vida, hace que proliferen lacras sociales que terminan aprobándose como si se tratara de una sencilla cuestión de conveniencia política y de estadística. Transformando la verdad en estadística, ya lo dijimos, se logra el baño cuantitativo que necesitaba el problema para ser considerado una cuestión científica. Como la ciencia no puede fundamentar la ética, se apela al cientificismo, se vota y con ello parece que se ha logrado alcanzar la «verdad estadística mayoritaria»: la autojustificación social.

Se ha ganado en libertad, pero los problemas no ha sido resueltos, sus consecuencias siguen allí y tarde o temprano se vuelven contra el mismo hombre.

Para la autoregulación del hombre y de la sociedad, es necesario encontrar una manera de restablecer los límites a la libertad²¹, se debe reconstruir la Ética, pero la solución no puede venir a partir de la imposición, del dominio de unos hombres sobre otros, sea por métodos pacíficos o violentos. La humanidad conoce esos intentos sobradamente, han fracasado cientos de veces en manos de tiranos de todo tipo: individualistas, elitistas, aristócratas, demócratas o populistas, todos con las mejores intenciones. Las peores dictaduras europeas del siglo XX, como el fascismo, el nazismo o el estalinismo (izquierdas y derechas que curiosamente suelen compartir la auto-designación de «nacional-socialismo» o «socialismo-nacional») han tenido apoyo mayoritario, solían ganar las elecciones. Evidentemente, no es contando votos como se encuentra la verdad.

La ética no puede sustituirse por la estadística sin consecuencias y aunque sólo fuera por el mínimo hecho de evitar estos males, la solución elegida para fundamentarla debería trascender al hombre y situarse por encima de él. Pero el hombre actual, con el predominio de lo cuantitativo en su pensamiento, ha perdido la noción de «trascendencia», no ve nada por encima de él, ha conseguido ocultar a Dios (o más bien, ha conseguido ocultarse) y vive como si Dios no existiera²².

Con este escamoteo ha logrado justificar el materialismo agnóstico o indiferente la ideología dominante en la cultura occidental actual. Con estas creencias, el hombre cree poder convertirse en dueño de la vida y de la muerte y manejar su existencia y la de los demás sin ninguna referencia absoluta. Pero sus problemas se agigantan como fantasmas, están adentro suyo.

Nos hemos encerrado en una terrible paradoja: el hombre creyendo poder afirmarse autónomamente frente a Dios lo suprime de la vista, y como consecuencia, termina por perder su dignidad como persona. Ahora aborta, mata, quiere clonar otros hombres y destruye la naturaleza.

21. Para apreciar la casi increíble disparidad de criterios sobre la antigua frase: «tu libertad acaba donde comienza la libertad de los demás», propongo como experimento consultar la frase en Internet y comparar con los resultados que se obtienen en otras entradas como: «libertad y poder», «libertad y pobreza», etc.

22. Al centrar su pensamiento en lo cuantitativo y reconocerlo como la única fuente de racionalidad, el hombre se sitúa, según lo formulara Sto. Tomás de Aquino, en una situación en la cual cree que no reconoce más leyes. No ve la ley de Dios en la Antigua ni en la Nueva Alianza. Pero está sometido a una ley, la «Concupiscencia» que le impide ver la «ley Natural». Para él, el mensaje de la creación está oscurecido. Para un breve comentario sobre las «cuatro leyes» ver, p. ej., J. RATZINGER, *Dios, el mundo y el hombre. Creer y vivir en nuestra época. (Una conversación con Peter Seewald)*, Galaxia Gutemberg, Barcelona 2002, 150 y ss.

Buscando en la ciencia la demostración de que Dios no existe para justificar el ateísmo o el agnosticismo que ya practicamos habitualmente en nuestra cultura, nos hemos quedado sin respuesta racional para nuestros problemas existenciales y lo hemos logrado *porque hemos separado la fe de la razón*. Hemos vuelto al comienzo, antes de la fusión que menciona el Papa en su conferencia de Ratisbona.

3.5. *La búsqueda del sentido global*

Para el hombre sin fe, Dios no existe y como la ciencia no puede dar fundamento a una ética universal, quiere suponer que todo es relativo y que puede hacer lo que quiera. Sólo encuentra modelos de vida, considera a todos válidos y alternativos, opinables y sin referencias absolutas. El tuyo y el mío.

Pero aún en esta situación, si somos coherentes, se puede encontrar una consecuencia fundamental a partir de la cual iniciar la reconstrucción: comprobamos que sin Dios no hay «humanismo» posible, todo en el hombre es opinable. Caminar este camino es seguir una dinámica de autodestrucción.

Hemos comprobado que las preguntas esenciales mencionadas tienen una respuesta positiva y satisfactoria sólo *cuando se otorga un sentido a todo el universo*: un origen y una finalidad trascendentes. Las preguntas fundamentales para el hombre, tienen respuesta religiosa: Dios ha creado el universo para un fin, el universo no es nuestro. Éste es el punto de encuentro entre la fe y la razón: una verdad que el hombre conoce desde la antigüedad. A esta conclusión le escapa el hombre actual.

Si el hombre busca una explicación simultánea para sí mismo y para el universo, una verdad única donde apoyarse, es necesario hablar de Dios. Sólo Él, el Ser absoluto y necesario, el creador del Universo es capaz de dar sentido a toda la existencia. Es la única roca firme y lo es, justamente porque no depende del hombre ni de la naturaleza, porque es trascendente. Dios no se muda ni cambia, Es por Sí mismo: es el que Es. El Dios único de las grandes religiones monoteístas.

Identificar estas concepciones metafísicas con el Dios de Israel es el mayor aporte de la fusión entre fe y razón que menciona el Santo Padre en su conferencia de Ratisbona.

Un cristiano encuentra el camino para orientar su vida en la persona de Jesucristo. El hombre, tras un largo proceso de maduración alimentado por la revelación y gracias al testimonio de otros hombres, se ha formado una visión

de sí mismo y del mundo. En esta visión la persona de Cristo, el Verbo de Dios encarnado, el Logos, es el proyecto mismo del hombre pensado por Dios desde antes de la creación. Cuando La Palabra se revela y nos dice: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida» (Jn 14,6), los cristianos encontramos en Él la parte de la verdad que nos faltaba para orientar nuestra vida y responder a nuestras preguntas esenciales. La verdad cristiana es una verdad encarnada que nos dice para qué estamos aquí, quiénes somos y adónde vamos. En Jesucristo comprendemos que cada hombre ha sido pensado por Dios antes de la existencia del universo.

En todas las realidades cotidianas, desde las más pequeñas y sencillas hasta las más trascendentes, en cada pequeña o gran encrucijada de nuestra vida debemos elegir entre diferentes opciones que nos acercan o nos alejan de Dios. Así, de opción en opción, vamos forjando nuestro camino al andar y aprendemos desde el principio, que ese Dios Creador, nos ha creado libres. Libres para decidir qué camino recorrer. La aceptación del don de la fe es la opción más trascendente que podemos tomar, la primera en el orden de las causas: la respuesta que damos a la pregunta por la existencia de Dios²³.

No sólo el universo es razonable, también nuestra fe es razonable. Podemos dar razón de la fe y respondernos a la pregunta que nos planteamos sobre Dios, iluminando la razón con la fe. Dios nos permite decidir libremente sobre esa pregunta. Si respondemos afirmativamente, entonces Él nos ofrece un programa completo de vida a través del modelo que nos deja su palabra: el Verbo Encarnado. Si obramos en esta dirección somos coherentes y armonizamos nuestra vida y nuestro pensamiento. Tenemos una nueva interpretación de la realidad, aquella que le da un sentido a toda la naturaleza.

Un científico, si es cristiano, encuentra aquí reunidos el sentido para su propia existencia y el que busca en la naturaleza.

4. CIENTÍFICOS CRISTIANOS, ATEOS Y AGNÓSTICOS

En esta nueva dimensión de la verdad, como en la puramente científica, verdad significa una «adecuación», pero ahora extendida a la persona de Cristo y a todo lo creado. Nos relaciona con el Ser, da sentido a toda la vida, pone de acuerdo nuestro pensamiento con nuestras obras y con las obras de Dios. Para el cristiano esa verdad, «la Verdad completa», existe, está encarnada y más allá de re-

23. C. FABRO, *El problema de Dios*, Herder, Barcelona 1963.

querirle una aceptación intelectual, sólo consigue su eficacia completa en el obrar. Es la verdad que Juan Pablo II llamó «*esplendorosa*», una verdad metafísica.

Por ello, si se intenta ser coherente pensando que Dios no existe, para mantener alguna coherencia entre el pensar y el obrar, será necesario buscar otro camino, otras creencias que den sentido a la vida y proporcionen respuestas para esa parte de la realidad que escapará a la ciencia. Pero la verdad ya no podrá ser única.

Con los conocimientos científicos actuales las opciones que tenemos son pocas: o bien somos seres contingentes creados por el único Ser Necesario, un Principio Superior, Causa de todas las causas que llamamos Dios (aunque no sepamos bien cómo hemos sido creados), o el universo del que formamos parte es el único ser necesario y su desarrollo no parece ser otro que aquel que define el azar en cada momento, un movimiento sin finalidad alguna.

Universo en el cual, en lugar de ser «Hijos de Dios», pasamos a ser «hijos del azar», de la casualidad, productos de una fluctuación en la materia y la energía. Una nueva versión del panteísmo que según S. Jaki, abortó el nacimiento de la ciencia en otras civilizaciones.

En definitiva, cuando comenzamos a pensar coherentemente hemos elegido entre creer en Dios, lo cual nos obliga en una dirección como personas, o creer en el azar, lo cual deja sin justificación prácticamente toda la existencia y entonces encontramos que todo vale, que no hay normas. En su concepto de realidad, nada tiene sentido, simplemente ocurre.

Superficialmente, parece que al librarnos de Dios hemos ganado en libertad. Pero elegir el azar, ya es elegir al sucedáneo de Dios, un «dios» que relativiza todo el universo y lo reduce a una eterna danza sin sentido y que nos dejará con todos los problemas fundamentales de nuestra existencia sin respuesta y con la angustia intacta.

Eligiendo seguir a Dios, elegimos coincidir con toda la naturaleza y buscar una única explicación. Compartimos con la naturaleza el carácter de criaturas de Dios, y por ello la naturaleza nos resulta transparente, inteligible. Tenemos un mismo origen y vamos hacia un mismo fin con todas las cosas. Nuestra decisión a largo plazo será siempre la más coherente, la única adecuada a la naturaleza. Será el resultado de utilizar correctamente nuestra libertad para alcanzar el bien y la felicidad, eligiendo coincidir con la finalidad para la cual toda la naturaleza ha sido creada.

Si elegimos el azar, no encontraremos ninguna diferencia entre nosotros y un animal cualquiera. Pensaremos que en la prehistoria los dinosaurios fue-

ron los dueños de la tierra y señores de la historia, que hoy lo somos nosotros y que mañana lo serán los descendientes de las hormigas u otros seres vivientes cualesquiera, mejor adaptados a las catástrofes que nosotros.

En esta visión la vida pierde toda dimensión humana, se convierte en una lucha salvaje y permanente, un perpetuo pendular entre la vida y la muerte que se presentan como dos estadios de una transformación continua entre materia y energía. No hay ningún fundamento para los fines del comportamiento humano, ni para ponerle límites. En realidad, no hay finalidad alguna. Nacen y mueren los hombres, las especies, las estrellas y las galaxias, hay que matar para poder comer y seguir viviendo. Todo surge de estados anteriores y nada tiene sentido, salvo la lucha por la supervivencia. Aunque, tristemente, ya no sabemos para qué vale la pena sobrevivir.

Con esta opción, soñando ser absolutamente libres, hemos terminado rebajando nuestra dignidad como personas. Nuestros actos, que habíamos imaginado más libres sin Dios, pierden su sentido cuando se proyectan al futuro. Creemos haber progresado mucho y nos encontramos con que tampoco esta respuesta es novedosa: ya le ocurrió a Ícaro, perdemos las alas al intentar volar demasiado cerca del Sol.

Un buen científico normalmente es una persona muy competente en su especialidad, que seguramente desempeña su tarea con mucha solvencia, pero que se transforma en una persona corriente cuando sale de ella. Es decir, como persona está sometido a todas las consideraciones generales que acabamos de mencionar.

Actúa en la sociedad en todo momento, no con la razón científica, sino con el sistema general de creencias que hemos mencionado. Fuera de su laboratorio puede ser o no ser «científicista», puede definirse ateo o cristiano, judío ortodoxo o musulmán. Pero en su área de competencia, está explorando la realidad, está descubriendo la verdad en ella.

Si una persona pudiera mantener algo del nivel que logra en una rama del saber científico y fuera capaz de extenderlo a todo el resto de su cultura, sería verdaderamente un sabio, con toda la grandeza que tiene el significado de esa palabra. Encontraría la verdad que Dios ha dibujado en las cosas.

Pero su excelencia ha sido adquirida en una especialidad y normalmente, cae de forma importante al salir de ella. Hay un Premio Nobel para la Física, otro para la Química, para la Medicina, etc., pero no hay un «Premio Nobel de la Sabiduría». Por algo debe ser.

Cuando un científico opina en otro ámbito que no es el de su especialidad, lo hace como una persona corriente, y como tal, también necesita orientar

su vida de alguna manera. Por ello nos encontramos con científicos que son religiosos, ateos o agnósticos, todos ellos haciendo buena ciencia (según su talento) y luego, sosteniendo posturas muy diferentes respecto a la vida, la cultura, la política, la sociedad, etc. Las diferencias que observamos en las concepciones intelectuales de los científicos no surgen de la ciencia, provienen de otra parte.

Si un cristiano se ocupa de la investigación científica, en primer lugar creará en Dios y como persona, buscará la orientación que Dios le ofrece para su vida. Ella será la que proporcione iluminación y orientación a su existencia. Cuando trabaje tendrá conciencia que la verdad científica es una verdad a medias, perfectible, que no le da respuestas sobre su vida y sobre el sentido y fines de la vida en general, pero que a la vez, le da un conocimiento seguro sobre el «modus operandi» de la naturaleza.

Para vivir, construirá el resto de aquella «verdad esplendorosa» que la ciencia no llega a cubrir en su conocimiento de la realidad mediante su identificación con Cristo, su modelo como hombre.

En el origen de todo está la idea del Dios Creador. Quien acepte su existencia, podrá discutir con una visión más completa de la verdad, incluso el papel que puede haber asignado Dios al azar o a cosas por el estilo. Siempre tendrá conciencia que todo en el universo, incluido el azar, por ser obra del Creador, tiene sentido, es una huella más de la creación.

Buscar la Verdad dentro de este contexto significa encontrar la adecuación entre *aquello que las cosas son en la realidad física y el sentido que poseen dentro del plan de Dios*, de la finalidad global del Universo. Un cristiano sabe que detrás de cada realidad de la naturaleza, de forma más o menos clara, estará la mano del Dios Creador.

Puede que en ocasiones la profunda armonía entre la revelación que recibe y la realidad que observa no le resulte evidente. Los avances en el conocimiento y en la maduración de la fe no siempre son simultáneos y tampoco en una misma persona suelen tener el mismo nivel. Muchas veces y a muchas personas cristianas, les pareció que su fe y su ciencia eran incompatibles. Muchas veces también, como lo demuestra la historia, esas incompatibilidades aparentes terminaron desapareciendo resolviéndose en un plano superior del conocimiento. Un científico cristiano sabe, como Bartimeo, que si pide ver, verá (Mc 10,46-52). Porque detrás de cada realidad de la naturaleza está Dios y antes o después surgirá la «adecuación» que si hoy está oculta, mañana será evidente.

Hay muchos ejemplos en la historia y no siempre es la fe quien revisa los contenidos, muchas veces esta adecuación perdida reapareció por razones pu-

ramente científicas²⁴. Así ocurrió por ejemplo, con el modelo del Big-Bang, propuesto inicialmente por el científico y sacerdote católico, el P. Lemaitre. Esa teoría en sus comienzos sufrió la resistencia de muchos físicos, probablemente, porque se parecía demasiado a la descripción «de una creación» y había algunas alternativas teóricas que la evitaban. Su mismo nombre tiene origen en una burla. Sin embargo, actualmente y tras muchas comprobaciones experimentales, hay muy pocos científicos que no acepten el modelo cosmológico standard que se ha derivado de allí.

Con esa corrección surgida de la misma ciencia y que sin proponérselo, se abre a comprender la posibilidad de una acción de Dios, condujo a un nuevo nivel de «adecuación entre ciencia y fe». Apareció un espacio común mostrando que al menos en principio, ciencia y fe no son incompatibles. Se abre un nuevo espacio para el encuentro entre fe y razón, como pide el Santo Padre en su documento.

Con la unión entre fe y razón producida en los primeros siglos del cristianismo, *el cristiano sabe de antemano por la fe, que puede ver toda la Verdad*. Razón y fe no son incompatibles, la realidad y la verdad están identificadas, pero en una tarea sin fin, debe buscar cada vez en cada época, una nueva «adecuación».

Es un alivio conocer la solución de antemano, pero esto no demuestra la creación, y aunque el modelo cosmológico plantee incógnitas severas (científicas) sobre cómo se produjo el estado inicial, ni siquiera demuestra que Dios existe. La ciencia tampoco parece actuar «a favor» en la opción inicial que pide la fe. Si existe una demostración racional a la pregunta sobre si Dios existe o no, esa demostración escapa al ámbito de la Ciencia, es decir no compromete a un científico no cristiano.

Un científico ateo, que no tiene una concepción religiosa del universo (o que duda de ella), buscará simplemente *una adecuación entre la realidad física y un conjunto de representaciones mentales que la describen*. Es decir, buscará una representación de las cosas, que puede carecer completamente de sentido global y existir como un simple producto del azar. Ese científico no miente ni falta a la verdad cuando las describe, ni tiene que cambiar su ciencia. Su criterio científico coincidirá con el que tiene un científico religioso, su ciencia es buena ciencia.

Pero cuando se consideran todos los aspectos de la realidad, surge que el criterio de verdad que está utilizando es incompleto o restringido. Carece del

24. Se puede ver una sencilla descripción de estas ideas en www.unav.es/cryf, artículo sobre «El origen del Universo».

sentido global que le agrega la concepción religiosa. El ateo que es científico, personalmente no ha logrado aceptar a Dios, y mucho menos reconocerse como hijo suyo, entonces, sólo observa lo que puede ver, una falta completa de sentido para todo el universo. Si miramos con detenimiento, ésta es la concepción panteísta que mencionaba Jaki como causa de la interrupción en el desarrollo de la ciencia en las civilizaciones antiguas que él analiza. La corrupción de la ciencia a largo plazo, aunque no esté demostrada, es posible.

Un científico agnóstico está a mitad de camino, pues cree que esa diferencia, si existe, no tiene respuesta humana. Si nos atreviéramos a juzgar, diríamos que en algún sentido, él también tiene razón, aunque sólo parcialmente. Para resolver esa diferencia que observa, necesitaría de la fe y el primer paso en el camino de la fe es tomar esa decisión frente a la opción fundamental que hemos citado: afirmar que el Dios Creador existe, con los elementos (o rudimentos) de fe que se tenga en ese momento. Una vez asumida e incorporada a su persona esta decisión inicial, podría tomar un camino de experiencias de fe que lo lleven paulatinamente, a comprender el lenguaje en el cual Dios escribe la Historia de la Salvación en la naturaleza y en la sociedad. Pero en ese momento, él no cree ni en la misma posibilidad de tomar esa decisión.

4.1. *Libertad y Verdad*

La Iglesia nos enseña que Dios no niega la fe a quien la busca honestamente. Significa en el contexto que nos ocupa, que normalmente tendremos disponibles muchos más indicios puestos por Dios para creer en su existencia, que para negarla. Dios ha dejado escrito su nombre en la naturaleza por todas partes. Sin embargo, siempre nos quedará un espacio creado por Él para nuestra libertad, un espacio que llenaremos nosotros con nuestro intelecto, sentimientos y espíritu.

Ese espacio libre, humano, pero creado a imagen de la libertad divina, nos lleva a disponer de la posibilidad de negar la propia existencia de Dios, a pesar de todas esas huellas positivas que podemos haber experimentado en sentido contrario.

La aceptación de Dios es el primer paso en la vida intelectual de la fe, pero además, simultáneamente, es el que nos lleva a un ejercicio coherente de la verdad completa, de la «verdad esplendorosa». Se da fuera de los límites de la ciencia y es una opción intelectual metafísica.

En profundidad es mucho más que eso, se trata de un encuentro personal con Dios, una experiencia, un encuentro de la fe con el logos para el cual

hemos sido llamados y podemos responder aceptando o rechazando la cita. De nuestra respuesta a esta opción dependerá nuestra vida intelectual y no hay método científico que nos ayude a tomarla, porque involucra a toda la persona, trasciende lo cuantitativo y ocupa toda nuestra libertad. En ese momento, frente a Dios, disponemos del máximo de libertad²⁵ y tanto podemos reconocerle, como no verlo, o equivocarnos y rechazarle. Es el sagrado momento de la «conversión». En nuestra modesta opinión, si hubiera alguna posibilidad de anular esta opción libre frente al Ser, —o bien una demostración concreta en su contra—, simultáneamente se anularía el concepto de libertad en el ser humano.

Sin embargo, el hecho de que una persona acepte o niegue que Dios existe, no parece tener ningún efecto directo sobre la realidad que es observada, excepto consecuencias sobre el observador y su propia existencia. Esto significa que Dios ha debido crear al universo dotado de aquella «verdad esplendorosa» y llena de significado que observa el creyente. Las huellas de Dios están presentes en toda la creación, la verdad está en las cosas, en la realidad, para que todos crean y puedan salvarse.

Cada uno de nosotros, en uso de su libertad, la acepta o la rechaza. Somos nosotros quienes elegimos qué parte de la verdad queremos ver y de qué manera queremos desenvolver nuestra existencia.

Pero «*Si la metafísica es el conocimiento de la realidad «tal como es», en su ser propio, sin limitarse a perspectivas parciales»*²⁶... y la ciencia obtiene un conocimiento verdadero de la realidad, entonces ese conocimiento es también, en cierto modo, metafísico.

Cuando se afirma esto, los científicos temen por la autonomía de las ciencias y tienen algo de razón, porque históricamente se comprueba que desde algunas posturas filosóficas se han intentado dictar normas a la ciencia desde una atalaya pretendidamente metafísica, normas que se han revelado fácilmente arbitrarias y precarias (M. Artigas).

Podemos resumir esta perspectiva diciendo que el conocimiento científico es un conocimiento verdadero sobre la realidad, aunque la considera bajo un aspecto parcial porque su método no se aplica a esa parte de la realidad que es inconmensurable.

25. En mi modesta opinión, en este acto consciente el hombre pone en juego el máximo de su dignidad como persona. Poder decidir libremente frente a Dios entre aceptarlo o rechazarlo, nos hace actuar con aquella libertad que tenemos a imagen de Dios, el Ser absolutamente libre. Por ello, simultáneamente, su rechazo absoluto y consciente es el pecado que trajo la condenación más absoluta.

26. M. ARTIGAS, *El desafío de la Racionalidad*, cit., 185.

5. CONCLUSIÓN

Podemos imaginar ahora cuál es el punto de partida de la tarea conjunta que deben realizar científicos, teólogos y filósofos: hace falta una teoría del conocimiento asentada sobre una base metafísica realista, para superar diferencias y malentendidos que hoy dominan la Filosofía de la Ciencia. Se debe analizar y dismantelar *la ideología científicista* porque hace daño a la ciencia, a la teología y a la sociedad y se deben reconstruir las bases de la ética sobre posiciones consensuadas más firmes. Sobre esas nuevas bases probablemente se puedan equilibrar nuevamente ciencia, razón y fe.

Para intentar comprender la presencia de Dios en la realidad, tenemos el ejemplo de Sto. Tomás de Aquino. Pero necesitamos además toda nuestra capacidad intelectual para lograr la «adecuación» de todo aquello que nos enseña la Revelación, porque su contenido escapa al conocimiento natural del hombre²⁷ y compatibilizarlo con los conocimientos de la ciencia actual.

Por otra parte, no podemos llegar sólo con la ciencia a la Verdad, porque comprender completamente la Verdad implica conocer, además de las leyes científicas escritas en la naturaleza, el mensaje completo de la Revelación. Cada una con su propia dinámica.

Entendemos que esta fusión es lo que el Santo Padre expresa como «*ese gran "logos", esa amplitud de la razón*» que menciona en su conferencia de Ratisbona.

Así, un científico *cristiano* debe ser fiel simultáneamente a su concepción científica de la verdad como «adecuación entre las cosas y el intelecto», y a una segunda adecuación: la búsqueda del sentido que las cosas poseen en relación con el plan de Dios. Lo debe hacer sin mezclar ambas concepciones, para no faltar a la verdad en ningún caso. Son dos caras de la verdad, autónomas, pero complementarias y no excluyentes²⁸.

Cuando un científico cristiano no logra ver esa adecuación, si es humilde y persevera en la fe, debe reconocerlo y seguir trabajando: «Los caminos de Dios son inescrutables». Si bien el hombre en la escala del ser ocupa el nivel de la conciencia no tiene la plenitud del Ser, su conocimiento es finito, pero si es verdadero las cosas también lo son. Por lo tanto, esa adecuación existe en algún plano superior de la razón. Se debe pedir a Dios la iluminación suficiente para verla.

27. Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 54ss.

28. Los físicos estamos habituados a trabajar en el plano del pensamiento con dualidad de conceptos. La mecánica cuántica es un ejemplo muy claro. Cuando consideramos la dualidad onda-corpúsculo para la materia y la energía, sabemos que en el fondo, «onda» y «corpúsculo» son sólo dos conceptos, que la realidad es muy compleja y que a veces no basta uno solo para describirla. Además, siempre hay una facilidad de lenguaje matemático para privilegiar el uso de uno u otro.

Es importante esta cuestión pues como científico, ese cristiano debe someter sus conocimientos a todos los controles de que dispone la ciencia contemporánea para verificar su validez y su grado de certidumbre. En esto no hay distinciones entre científicos, sean creyentes, ateos, indiferentes o agnósticos. La ciencia, para ser auténticamente ciencia, debe ser universal y como ya hemos dicho, tiende a ser cada vez más una creación colectiva.

Como cristiano, deberá buscar además el sentido que esa verdad tiene en relación con el plan de Dios para toda la creación y obrar eligiendo en cada momento de su vida, aquella opción que más lo acerca a Él.

Esta definición sobre la doble perspectiva del cristiano, es de larga tradición dentro de la iglesia. Un ejemplo reciente se puede encontrar en la respuesta del Santo Padre Benedicto XVI, a la pregunta que le formulara el periodista Peter Seewald en su libro *Dios, el mundo y el hombre*:

Pregunta el periodista: «El teólogo Hans Urs von Balthasar —maravilloso nombre para un teólogo— opinaba que todas las cosas podían contemplarse desde una doble perspectiva, como hecho y como misterio. Visto como hecho, el hombre es un producto del azar al borde del cosmos, pero visto como misterio fue deseado por Dios por amor a sí mismo. ¿Responde esto a la idea fundamental para poder aproximarse a la concepción cristiana del mundo y del hombre?»

Responde el Cardenal Ratzinger: «Yo diría que sí. Al principio sólo percibimos simples hechos, aquello que es. Esto también es aplicable a la historia, que en el fondo podría haber sido diferente. Ciertamente nadie puede sentirse satisfecho con los meros hechos, aunque sólo sea porque nosotros mismos somos en principio un mero hecho, y sin embargo, sabemos también que tenemos y podemos ser algo más que una mera existencia producto de la casualidad.

»Por este motivo es imprescindible analizar lo que subyace a la pura facticidad y comprender que el ser humano no ha sido simplemente arrojado al mundo por un juego de la evolución. Detrás está que cada persona ha sido deseada. Cada persona es idea de Dios. Todo lo que en principio está ahí fácticamente alberga un plan y una idea, que es la que después da sentido también a la búsqueda de mi propia idea y a la unión con el todo y con el curso de la historia»²⁹.

Héctor L. MANCINI
Instituto de Física
Universidad de Navarra
PAMPLONA

29. J. RATZINGER, *Dios, el mundo y el hombre...*, cit., 71. La misma concepción puede encontrarse en muchos otros teólogos contemporáneos.